

Cuentan los cronistas que aquellos territorios no eran del Perú y que eran opulentos en oro y piedras preciosas. Cuentan además que tales historias las escucharon los españoles de unos indios brasiles que llegaron a la tierra de los Motilones (1) navegando río arriba por el Marañón partiendo desde el Atlántico. Con aquella información, en 1559 el Marqués de Cañete dispuso y financió una expedición hacia esas tierras, llamadas de Omagua, para encontrar el Dorado (2). Encomendó el mando a un joven caballero navarro, un tal Don Pedro de Ursúa, quien juntó hasta casi 300 hombres y una buena cifra adicional de dinero de nobles e hidalgos, incluyendo la treta que le hicieron al cura Portillo en Moyobamba, quien entregó 2,000 pesos a cambio de la promesa de hacerle obispo de las nuevas tierras.

Año y medio más tarde, la expedición de Ursúa y sus hombres, que la historia inmortalizaría como “marañones”, partió de San Juan de la Frontera, hoy Chachapoyas, en busca de aquellas tierras de esplendor. Pero como muchas aventuras hacia lo desconocido, la expedición comenzó a tropezar con inconvenientes. El primero fue que algunas embarcaciones recién construidas se desarmaron al podrirse la madera por la humedad. Pronto llegaría el calor y el ataque constante de los mosquitos zancudos. La navegación por aquellos ríos caudalosos mostraba en las orillas lejanas luchas entre nativos, con espectrales imágenes de antropofagia. Luego, se encontrarían con truenos, lluvias torrenciales, nuevas especies de animales y lo más temido: ataques de nativos. Las batallas terminaban con enfermos y heridos dejados a su suerte. Tiempo después, la fatiga, el hambre y la desesperación por no encontrar el esperado oro acrecentaron la desdicha. Las dificultades aumentarían con los motines de la tripulación y nuevos ataques de los nativos. La expedición se detuvo en Machifaro, en la boca del Putumayo, donde solo encontraron indios -sin ropa, sin oro y sin plata- en constante guerra con la tribu de los manicuri. Esto acentúa el descontento general y, entonces, emerge la figura de Lope de Aguirre, quien encabezando un nuevo amotinamiento, da muerte a Ursúa el 1ro de enero de 1561 y se declara en abierta rebeldía con la Corona.

Atrás quedó la búsqueda de la opulencia en el enmarañado y agreste bosque tropical, los rebeldes solo tendrían la exuberancia de su flora y fauna, los asesinatos en masa, las enfermedades y a su nuevo jefe: Lope de Aguirre, el traidor, un sujeto flaco de carne, desprovisto de humanidad que asesina a sus seguidores sin razón o por ataques de ira, convirtiendo la búsqueda del Dorado en una caravana de sangre en medio de la espesura amazónica. Lope de Aguirre fue un demente sin escrúpulos con rasgos de lucidez, le envió una carta a Felipe II para enrostrarle los abusos de los conquistadores en tierra americana.

Lope de Aguirre aparece en el Atlántico y desde allí intenta regresar al Perú para conquistarlo y arrebatárselo a la Corona española, pero ya enfermo y con una fatiga extrema, acaso provocada por un paludismo anemizante, es muerto por sus seguidores en el territorio de la hoy Venezuela

Esta expedición, como muchas otras en la amazonía, confirma la presencia de la selva como una entidad singular: por un lado, la opulencia silvestre, y, por otro lado, un espacio cerrado, casi una prisión amurallada por la humedad asfixiante y la ciénaga, donde el colono se hace vulnerable al hambre, las enfermedades y a los ataques de aquellos grupos humanos que hasta ahora viven en el paleolítico.

A lo largo de la historia, la relación del antiguo habitante peruano ha oscilado entre el respeto, practicado por los incas, hasta la invasión irracional por la explotación y las nuevas epidemias, que se inicia con la conquista española. Entre la selva amazónica y los centros poblados de la Colonia y la República existía, y existe, una gran distancia no solo cultural sino geográfica determinada por un bosque espeso y un limitado acceso a la navegación fluvial.

Esta diferencia cultural ha hecho que expresiones del oriente peruano en pintura, narrativa o música sean escasas y poco valoradas. Sin embargo, nuestro principal escritor y premio Nobel, Mario Vargas Llosa, quien ha llevado la impronta de la selva peruana en varias de sus obras, permite un acercamiento a aquella parte del país que espera aún un mayor reconocimiento.

El encuentro de MVLL con la selva fue casual como lo narra él mismo en *Historia secreta de una novela*. A propósito de una expedición antropológica organizada por la Universidad de San Marcos y el Instituto Lingüístico de Verano, MVLL consigue un cupo gracias a su amistad con uno de los organizadores. El viaje lo realizan en un estrecho hidroavión y en canoa. De esta interacción con la selva, tres cosas se le quedan grabadas al entonces recién graduado: el convento de Misioneras de Santa María de Nieva (3), que “civilizaba” niñas nativas que luego no podían reinsertarse en sus comunidades debido a la transculturización. Estas niñas debían de emigrar como empleadas domésticas a las ciudades, donde tenían un incierto destino; dos, el enfrentamiento de las comunidades nativas y sus dirigentes con las mafias de contrabando de caucho y pieles naturales que infestaban la zona, aquellas mafias eran heraldos de explotación y barbarie; y, finalmente, la historia del japonés Tushía que huyendo de alguna ciudad, no se sabe si por líos con la justicia o por persecución racial, terminó refugiándose en los bosques del Alto Marañón, en territorio de los sanguinarios huambisas. Tushía con el tiempo se adaptó, convirtiéndose en un turbio y temido señor feudal, que robaba caucho, pieles y mujeres a las tribus huambisas y aguarunas, transformándose en una leyenda y en un exterminador de nativos.

Años más tarde, en una buhardilla de París los demonios literarios de Vargas Llosa acechaban constantemente, irrumpiendo cada vez más en su mente las imágenes de la Mangachería (4) piurana con el tridente de impresiones de la selva peruana. Los personajes se le entremezclaban y cambiaban de territorio. Por ellos decidió colocar a una niña aguaruna en una casa de citas de la Mangachería y a un piurano mangache como soldado asignado a la guarnición de Santa María de Nieva. Así nació *La Casa Verde*.

La Casa Verde es una novela que entrelaza el arenal y la jungla, sus personajes migran de paisaje pero muestran todas las facetas de la condición humana: el japonés Fushía, exiliado que se dedica a la explotación de nativos y al contrabando en territorio huambisa; el convento de Santa María de Nieva en territorio aguaruna, con monjas que raptan y evangelizan a niñas nativas infestadas de piojos; y una casa de citas en el arenal de

la Mangachería, donde se congregan los nobles y los comunes. Entre todos ellos, funcionando como vasos comunicantes, está el sargento Lituma, uno de los cuatro Inconquistables, haciendo servicio militar en la selva, y Bonifacia, una aguaruna conversa que con engaños termina trabajando en burdel llamado la Casa Verde.

En esta obra no solo se despojan y trafican bienes naturales y mercancías, sino las vidas de los seres humanos teniendo como telón de fondo la espesura de la selva, con sus ciénagas, amenazantes insectos, gusanos que se meten al cuerpo, la amenaza del tétanos que entra por las heridas, las lanzas de los nativos impregnadas con curare o las lesiones del Pian que afean el rostro. La selva cobija por igual a religiosas, militares, policías y gobernadores como agentes civilizadores, pero los presenta con todas sus ambigüedades y dobleces. La selva corrompe a los colonos, como se corrompe la carne al ambiente. La enfermedad que llega por los mosquitos o las ciénagas funciona como un castigo divino. Por ejemplo, Fushía sucumbe solamente a las lesiones de la Lepra, acaso en su forma lepromatosa, deformado por los nódulos y úlceras en las piernas. Una lepra que destruye sus fibras nerviosas en las extremidades provocando la anestesia y anulando la sensación de dolor al quemarse. Aquellas úlceras se contaminan con hongos y bacterias que pudren la carne hasta provocar un olor nauseabundo. La enfermedad derrota a Fushía hasta postrarlo y exiliarlo por última vez en el Leprosorio de San Pablo. Mientras kilómetros más allá de la jungla, la vida se recicla en el arenal de la Mangachería.

En cambio, *Pantaleón y las Visitadoras* es la celebración de la exuberancia. Una selva donde la humedad y el calor “hacen que la sangre hierva” despertando los furores amorosos. MVLL juega con las obsesiones de la rígida organización militar y los mitos sobre la selva para exagerar hasta la caricatura ciertos trazos del comportamiento humano: santeros, periodistas corruptos, mandos militares manipuladores, proxenetas, conscriptos ansiosos, prostitutas disciplinadas y una madame estafalaria. El capitán Pantaleón Pantoja despliega sus conocimientos en tácticas de guerra para instalar un prostíbulo flotante que entretenga a las guarniciones militares con sus visitadoras. Pero la presencia de un eros aderezado por el ayahuasca, el

chuchuhuasi, el cocobolo, el huacapuruna, el viborachado -aquellas mezclas de hierbas, cortezas o jergones con aguardiente- genera una maraña de confusiones, en las que el riesgo mayor no son las enfermedades venéreas que curará el sanitario militar con una inyección de penicilina sino que el servicio clandestino de visitadoras se convierta en el órgano de mayor eficiencia en el Ejército. En esta farsa dionisiaca que desborda cualquier predicción, Pantaleón lleva su devoción por el orden al extremo, hasta las enfermedades se ocultan y a pesar de estar al acecho de mosquitos, avispas, hormigas curhuinse, arañas viuda negra, el narrador prescinde de los casos clínicos e incluso confunde a la mosca parda como agente vector de la lepra. El caos crece hasta engendrar un nuevo orden, casi como el desborde del río de aguas espesas que encuentra un nuevo cauce. Al final, los calores selváticos de Pantaleón son apagados con el frío de la guarnición de Pomata en las pobremente oxigenadas alturas puneñas.

El Hablador se inicia en Firenze a través de la exposición fotográfica *I nativi della foresta amazzonica*, que para el protagonista funciona como iconografías que condensan diversos campos temáticos –estrategia de las fotos muy utilizada en los cursos de Medicina Tropical-. La muestra retrata el modo de vida de los machiguengas, una tribu con escaso contacto con la civilización. Las imágenes brindan al espectador la vida frugal y arcaica de los nativos: pescando, preparando el arco en pos del ronsoco o la huangana, mujeres tejiendo, la fermentación de yuca para el masato, etc. Al ver las fotos el protagonista recuerda el vuelo que hizo años atrás en el Cessna del Instituto Lingüístico de Verano y fija su atención en la foto de un niño “...con la misma barriguita hinchada y los mismos ojos vivos que conservaba en mi recuerdo, al niño con la nariz y boca comidas por la uta, un hueco con colmillos, paladar y amígdalas que le daba un aire de fiera misteriosa...”.

Las fotos fueron tomadas en la selva de Cusco y Madre de Dios, zonas endémicas de leishmaniasis cutánea (uta) y mucocutánea (espundia), como otras zonas de la amazonía. Aquel vientre hinchado de la foto rememora una imagen común de nuestra selva, la de niños con una forma de desnutrición calórico proteica conocida como kwashiorkor. Esta enfermedad, además

del vientre hinchado provocada por la ascitis –líquido en la cavidad peritoneal-, genera una parasitosis intestinal múltiple, y la combinación de pelo rojizo y la hinchazón de las piernas causadas por la falta de proteínas. Una selva que castiga a sus nativos, pero también a sus visitantes, Gabrielle Malfatti, el fotógrafo, murió de una fiebre contraída en la selva, acaso fiebre amarilla, fiebre de Oropuche, malaria por *P. falciparum*, leptospirosis o bartonellosis, infecciones que se cobijan en la floresta y que se transmiten a través de sus vectores alados o en el agua oscura de sus ríos. *El Hablador* es una novela que plantea la tesis de una oposición de culturas: el choque entre la violenta invasión civilizadora hispana -que termina por sucumbir frente a las inclemencias del clima y las enfermedades- con una visión holística del hombre nativo en armonía con la naturaleza, con equilibrio y respeto por el entorno representado por un símbolo como “remolinos de río o dos boas enroscadas, que son el orden que reina en el mundo”, que terminaron con “el caos original del que nos sacaron a soplidos Tasurinchi, el dios del bien, y Kientibakori, el dios del mal”. *El Hablador* viene a ser el hermoso relato sobre una dualidad real y simbólica. Un nativo que cuenta historias de ficción o realidad con el fin de aleccionar y cohesionar culturalmente a su tribu, como el responsable del legado ancestral, de mantener una tradición milenaria.

El Sueño del Celta es la historia de dos ríos caudalosos, el Congo y el Amazonas, unidos por la gesta de un solo hombre: Roger Casement. En la novela asistimos a los viajes de investigación y posterior denuncia de las explotaciones bárbaras de la población negra del Congo, diezmada más por la expoliación de los colonos belgas que por las epidemias, como la enfermedad del sueño (trypanosomiasis africana transmitida por la mosca tsé-tsé, que inocula al parásito en la sangre provocando luego una meningoencefalitis que termina en coma y muerte). Casement compara esta situación con el infierno de Dante, con esclavos trabajando en condiciones infrahumanas en medio del fango -una figura muy bien retratada en la novela *El Corazón de las Tinieblas* de Joseph Conrad, amigo personal de Casement-.

Terminado su informe sobre el Congo, y maltratado por la malaria, la disentería y otros achaques como la hemorroides y la fistula anal, Casement, luego de un

descanso en Inglaterra, decide investigar la situación de las empresas con capital británico en la explotación del caucho en la amazonía peruana. En su viaje entre Iquitos, Tabatinga y el río Putumayo, se encontró con mosquitos, hormigas y vinchucas. Describe además casos de rabia silvestre, la que es transmitida por murciélagos, haciendo a la amazonía peruana un reservorio de rabia que perdura hasta hoy. En la novela, Casement contrasta la belleza del bosque y su fauna con las atrocidades de la explotación y la matanza de nativos a cargo de los comercializadores del caucho. Los nativos eran cazados y, luego, expoliados por los colonos en un sistema de semiesclavitud, más depredador que las epidemias de viruela, malaria y beri beri (esta última es una forma de avitaminosis). Para curarse, Casement utiliza, aparte de los remedios convencionales, la quinina para combatir la malaria -un compuesto extraído del árbol de la quina, oriundo del Perú, conocido de muy antiguo por los nativos y descubierto por los españoles a inicios de la Colonia-. *El Sueño del Celta* admite varias lecturas, una de ellas que la depredación es mayor y más letal cuando se coluden empresarios inescrupulosos, mafiosos y autoridades corruptas, pero que el bosque tropical tiene la capacidad de recuperarse, de reciclar siempre a las formas vivientes que alberga. La selva no solo es mortífera, sino además nutricia.

Mario Vargas Llosa es muy consciente del poder de la ficción como espejo de la realidad. Aunque el motivo principal de sus obras gira alrededor del ejercicio de la libertad que funciona como palanca contra los abusos de autoridad, una buena parte de sus mejores obras tiene como telón de fondo la selva amazónica. Una región de la cual tenemos aún visiones irreales. ¿Acaso todo comenzó con las medias mentiras de aquellos indios brasileños que encandilaron a los codiciosos conquistadores españoles para emprender infructuosas expediciones donde las enfermedades endémicas dieron cuenta de ellos? Tuvieron que pasar muchos años para lograr la riqueza de sus recursos naturales, primero el caucho, luego la madera, entonces los hidrocarburos. Sin embargo, hasta ahora la hoya amazónica resiste los embates del mayor depredador de la naturaleza no sin dar un latigazo mortal a través de los vectores, y reservorios de las enfermedades tropicales.

La exacta medida de nuestra selva no está solo en las obras de arte, está en recorrerla con ojo crítico y respeto por la armonía natural. Bastan un par de botas, una canoa y el manto protector de la profilaxis médica, estela dejada por la experiencia en el campo de insignes médicos peruanos tropicalistas como Barton, Herculles, Monge, Paz Soldán, Kuczynski, Pesce y Lumbreras entre tantos otros.

NOTAS

- (1) Motilones, actual Lamas, nombre que adquirió por el nombre que se les dio a los indios de la zona que andaban con la cabeza rapada a diferencia del resto que usaba el cabello largo.
- (2) Dorado, los españoles llamaron la tierra de El Dorado debido a las fábulas contadas por los indios brasileños sobre el reino de un Príncipe que todas las mañanas se perfumaba con un aceite al levantarse para luego ser espolvoreaban con un oro finísimo.
- (3) Santa María de Nieva, localizada en el Alto Marañón al norte de la ciudad de Chachapoyas en el departamento de Amazonas.
- (4) Mangachería, barrio marginal de la ciudad de Piura, situado en un arenal y para la época un sitio aislado y peligroso.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- DE REQUENA, Francisco y otros (1991). *Ilustrados y Bárbaros. Diario de la Expedición de Iquitos al Amazonas (1782)*. Madrid: Alianza Editorial.
- ESPINOZA, Waldemar (2006). *Amazonía del Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso, Banco Central de Reserva del Perú, Promperú.
- LASTRES, Juan, SEGUÍN, Carlos Alberto (1993). *Lope de Aguirre el Rebelde. Ensayo de Psicohistoria*. Serie Ensayos No 3. Lima: Universidad de Lima.
- PIZARRO, Ana (2009). *Amazonía: el río tiene voces*. Chile: Fondo de Cultura Económica.

SIMÓN, Fray Pedro (1942). *Historial de la Expedición de Pedro de Ursúa al Marañón y de las Aventuras de Lope de Aguirre*. Lima: Biblioteca Cultural Peruana de la Cámara Peruana de Cooperación Internacional.

SOUTHEY, Robert (2013). *La expedición de Ursúa y los crímenes de Aguirre*. Madrid: De Bolsillo.

VARGAS LLOSA, Mario
 (1994) *Pantaleón y las visitadoras*. Chile: Seix Barral
 Biblioteca de Bolsillo.
 (2001) *Historia secreta de una novela*. España: Tusquets
 Fábulas.
 (2004) *La Casa Verde*. Lima: Santillana.
 (2008) *El Hablador*. Lima: Santillana.
 (2010) *El Sueño del Celta*. Lima: Santillana.

VÁSQUEZ, Francisco (1987). *Crónicas de la Expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre*. Madrid: Alianza Editorial. El Libro de Bolsillo.



INDIOS CONIBOS

Foto extraída de la British Library.

* Es médico internista, escritor y profesor UPCH.